

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Catequesis

A los jóvenes de Valladolid sobre la Cruz de Cristo

23 de octubre de 2010

Estos días han estado en nuestra diócesis la Cruz de los Jóvenes y el Icono de la Virgen, símbolos de las Jornadas Mundiales de la Juventud y antesala de la que viviremos el próximo mes de agosto en Madrid. Agradezco la acogida que habéis dado a tan ilustres visitantes.

Hoy nos hemos reunido en la S. I. Catedral para ponernos, de nuevo junto a la Cruz y junto a María, como discípulos, como cristianos en el camino de la Vida.

¿Qué significa la Cruz del Señor? ¿Qué tiene que ver con nosotros? ¿Permanecemos nosotros, como María, junto a la Cruz de Jesús? ¿Cargamos con nuestra cruz? ¿Ayudamos, como El Cireneo, a llevar la cruz de otros hermanos?

No olvidemos que la cruz es el instrumento de tortura más cruel que ha inventado la humanidad para proporcionar a las personas una muerte lenta, sofocante y desesperante. En Roma, era una manera de morir indigna, reservada para extranjeros, enemigos o personas sin calificación humana.

Hablando de torturas, varias veces he tenido la oportunidad de visitar el campo de concentración de Dachau, cerca de Múnich (Alemania). En este lugar hay tres monumentos-memorial a los miles de seres humanos que fueron asesinados allí: uno de los judíos, otro de los protestantes y otro de los católicos. Este último es una simple cruz de hierro, herrumbrosa, sin adornos,... desnuda. En aquel campo fue humillada la dignidad humana: antes de morir en las cámaras de gas, las víctimas pasaron frío, hambre

Es curioso constatar en el Evangelio cómo Jesús va pasando de mano en mano hasta que es levantado clavado en la cruz: Judas, con un beso, entrega a Jesús a los soldados enviados para prenderlo; los enviados por los jefes del pueblo lo entregaron al Sanedrín y al Sumo Sacerdote; éstos se lo entregaron a Pilato; Pilato se lo entregó a los verdugos, que lo azotaron y ridiculizaron antes de devolvérselo; después de lavarse las manos, de nuevo Pilato lo entregó para que lo crucificaran; y, finalmente, los verdugos lo entregaron a la muerte.

Podemos decir que la Cruz es el resultado del rechazo de los hombres que se niegan a escuchar el Evangelio de Jesús, porque en nuestros cálculos de realización personal no entran la humillación, el último puesto, ni dar la vida por el Reino de Dios o por los demás. Cuando a Jesús se le complicó la vida, sus discípulos lo entregaron, lo negaron y lo dejaron solo con el Padre. Aunque Jesús pidió compasión, nadie la tuvo.

Esto demuestra la incompreensión sobre el no-sentido de la cruz, que se hace patente en la narración evangélica. Nadie quiere sufrir. Y el propio Jesús, en la proximidad de su pasión, tiembla, llora ante el Padre, el único que podía arrancarlo de la muerte. En Getsemaní ocurrió un hecho contradictorio: abatido, resistiéndose la carne de Jesús al sufrimiento y a la cruz que le esperaban, siente pavor y angustia (*«Abba —Padre—, pase de mí este cáliz»*: Mc 14,36); pero, finalmente, es capaz de vencer la debilidad (*«Pero no se haga lo que yo quiero sino lo que quieres Tú»*: Mc 14,36). La oración del Huerto de los Olivos es sublime por la fragilidad que muestra Jesús y, a la vez, por la obediencia que le hace ponerse en manos del Padre, para que Él decida sobre su vida más allá de los sentimientos y deseos inmediatos.

Y, misteriosamente, el Padre no intervino salvando a Jesús de la Muerte; lo salvó resucitándolo. Ni el mismo Jesús, que tenía poder para entregar la vida y retomarla, instrumentalizó su poder para salvarse así, como le dicen sarcásticamente cuando estaba en la cruz (*«A otros salvó pero Él no puede salvarse a sí mismo. Si es el hijo de Dios, que baje de la cruz y lo creeremos»*: Mt 27,42). Jesús murió en manos de sus enemigos y depositó su espíritu en manos del Padre, que lo amó de forma original. No ahorrándole la cruz, sino confortando y sosteniendo a su Elegido.

Jesús entrega su vida al Padre, enseñándonos el rostro de Dios, compasivo y misericordioso. Dios no es distante, ni insensible, ni ajeno a la cruz. El rostro de Dios en la Cruz es el Amor («*Tanto amó Dios al mundo, que nos entregó a su hijo único, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna*»: Jn 3,16-18). Jesús muerto y resucitado nos revela cómo es el Dios-Amor. Y la Eucaristía es el memorial sacramental de la entrega de Jesús, sin resentimiento ni amargura.

Valga como conclusión recordar que a la cruz la saludamos el Viernes Santo con la expresión "árbol de la vida", en contraste con el "árbol del paraíso", donde Adán y Eva mordieron la manzana. La obediencia de Jesús, que pasó por el abismo de la cruz (Flp 2,8) ha abierto un camino de vida en la desobediencia de Adán. Es el árbol de la Cruz, fuente de vida eterna. De las heridas del crucificado brota la salvación. Y junto a Él, en la cruz, la Virgen permanece en pie. Esperemos, pues, con María cuando nuestra vida vacile.